

Emigrante

No es en Murcia el de emigrante oficio muy arraigado y antañón, aunque cuente con antecedentes remotos como el de aquel murciano universal, sepultado y venerado en Damasco, llamado Mohidín Ibn Arabí, alfa de la mística hispano-musulmana, escritor, filósofo, poeta, maestro de una Escuela murciana donde se daba por asignatura el sufismo; y, también, el de la gran emigración murciana, la más grande que vieron los siglos, la expulsión de los moriscos nativos en el año de gracia de 1613, de gracia para los cristianos porque los forzados expatriados lloraron aquel año con lágrimas como tormos. Evitaré al lector la prolija enumeración de otros muchos emigrantes circunstanciales, cual Saavedra Fajardo, afiliados al billete de ida y vuelta, que hicieron del mundo un pañuelo y del viaje una vocación con parada final a la sombra de la "torrecica".

Definitivamente: no es el de emigrante oficio tradicional murciano, sino moda impuesta por el apremio.

El gran éxodo de los murcianos, emigrantes de no mucho hilo, comienza hacia los años veinte, pero llega a su cenit entre los años treinta y sesenta; son décadas de incurias y racionamientos, carburo y lentejas, dictadura y dictablanda, monarquía y república, guerra y postguerra, autarquía, estabilización y desarrollo. El desequilibrio económico fuerza al murciano a buscar su redención en la emigración exterior e interior, primero en trabajos de temporada, luego, a medida que el nuevo estatus va calando en el ánimo del emigrado, la estancia se prolonga y sistematiza llegando a hacer de Murcia un centro más fundamentalmente emisor de mano de obra que receptor de ella, situación que en la actualidad remite y que no es de extrañar cambie de signo en un próximo futuro.

En la feria septembrina —entonces en el llorado Parque de Ruiz Hidalgo— el grillito de oro, olivas de cuquillo por ojos y boquita de piñón, Juanito Valderrama, anunciaba, con su cadencia templada, los peligros de la emigración y la nostálgica angustia del emigrado: "Aunque soy un emigrante/ y vengo de tierra extraña,/ en el pecho un estandarte/ con los colores de España..."

Pero, ¡ay!, ¡qué remedio!, la fuerza ahorca. El murciano mientras pueda alimentarse y mantener a su familia no iniciará aventuras comprometidas más allá de los límites provinciales. Pero cuando no haya otra salida viable irá donde preciso sea, aunque, eso sí, sin dejarse en casa la esencia racial, que mostrará tanto más a flor de piel cuanto más lejos se encuentre.

La emigración del murciano casi nunca es volitiva, es obligada, y aún así, la salida es física, de hecho, pero no de sentimiento. El oriundo expatriado rumea, impenitente, la murria —morriña local—, respondiendo así fielmente a la sentencia de un notable añorante de su tierra, Vicente Medina, que dejó escrito con palabras de alto profeta:

Serás, cuanto más lejitos te vayas,
más murcianica.

Es el caso de los murcianos en Cataluña (que bien pudiera denominarse, si no se ha hecho ya, tercera provincia murciana), excursionistas circunspectos arrojados al camino por las hambres y el cansancio, por el eterno esperar sin esperanza trabajo en

que ganarse la vida. Y no hay quien sienta tan dentro de la tierra, quien la lleve tan a flor de piel como ellos, los que un día, haciendo caso omiso a las palabras de los ancianos, dejaron la tierra seca e improductiva y se asomaron al vértigo de la gran urbe.

—Dejadlo estar, hombre, dejadlo estar que ya vendrántiempos mejores.

—Es que son tantas las estrecheces. Primero las helás, después las riás, ahora la sequía.

—¿Qué va a ser de nosotros si no encontramos trabajo? —¿Y si nos fuéramos, usted, páere, y nosotros a Barcelona?

—Ca, hijo, ni pensarlo, que eso está en el quinto coño.

Na más que unas semanas, una temporá pa poder comprar dos o tres tahullas, como los del Melgarejo, y después volvemos.

—Si na más es una temporá corta, me resignaré. Hala, andaveros, pero ya sabéis que yo estaré to er día llorando por vosotros.

—No desageres, máere, que te se pasará pronto.

Una temporada primero, después otra, luego otra más. Mientras, la madre sufriendo, llorando rodeada de nueras, rezando por los hombres que fueron a la gran ciudad "na más que por unas semanas" y que pasa el tiempo y no vuelven, aunque, eso sí, dicen haber encontrado buen trabajo como peones de albañiles, mecánicos, carpinteros, y alguno que otro ya es electricista o radiotécnico. La gran ciudad es una singular devoradora de brazos y de cerebros que llegan a ella tras abandonar la parcela propia que no da lo suficiente para comer.

— ¿Nena, ha venío ya el cartero?

— No máere, no ande usted más desazoná, que ya vendrá.

— ¡Ay Dios mío, cinco días ya sin una letrica tan siquiera! Léeme la carta última, corre, que estoy que no vivo.

— ¡Pero otra vez..., si ya se la he leído seis u ocho veces!

— ¡Demonios de correteros, y con esta tormenta que está cayendo estarán los probetiquios más helaos!

— Máere, por la virgen, que los rayos de aquí no llegan a Barcelona.

—¿No? ¡Pos tan lejos está eso!

La emigración, yunque de andariegos forzados, rompe los hechizos de la vida patriarcal, la comunidad se desmembrana, las veladas nocturnas se alargan y entristecen sin calor de palabras ni rendición de cuentas.

Los miembros de la familia que quedaron a la espera de que la "temporá" pasara, tarde o temprano hacen los bártulos y marchan cuando se les reclama a la gran ciudad, a enfrentarse con sus grandes cajones de sorpresas.

— ¡Válgame la virgen de los traqueteos, qué lejos que está esto! ¿Aún no llegamos?

La abuela no marcha, ella casi siempre se queda... A cuidar de la casa para que no se desplome, cuando es la verdad que le produce vértigo montar en un trasto que tenga ruedas y vaya tirado por algo que no sea un burro. En el hogar se va consumiendo lentamente, como una vela, aguardando que la familia vuelva un día para comprar las

tahullas que motivaron su viaje. Pero no vuelve. Y ya no hay cartas ni siquiera quien las lea. Cuando alguno regresa es circunstancialmente. El primer bisnieto, el segundo, el tercero, ya han nacido allá, en aquellas tierras, y hablan de forma distinta, sí, muy fino, pero... la Huerta les pesa, no les tira, incluso la aborrecen, están hechos a otra cosa, se pasan el día yendo a la ciudad, recorriendo caminos, y la abuela, tan sosegada ella, ha de amonestarles:

—Estaos quietos, puñeteros, que no sé a quien salís tan andarines.

En Barcelona es fácil toparse a alguien que después de oírle a uno hablar, se queda pensativo, enarca las cejas, avanza con la mano extendida y dice a voz en grito:

—Hola, paisa, choca esos cinco, pijo.

¡Quién pondrá en duda su procedencia! Habrá que estrechar su mano y acompañarle después a su casa, en la cual a lo mejor surge la sorpresa de un pequeño jardín con una huerta diminuta que no deja de dar diez o doce kilos de patatas nuevas todos los años y algunas cabezas de años tiernos. La mayor ilusión de un murciano es contar con un recipiente donde pueda poner un capacico de tierra y plantar algo, lo que sea, apenas unas alubias, con tal de no renunciar a la ilusión de ver crecer una matica para recordar los posos de la tradición. El paisano irremediamente se siente obligado a invitar a cenar. Y los platos suelen ser frugales: una llanda de crillas asadas bien untaicas con ajo, abundante Jumilla, salchicha, nonganiza, blanco y una hoja de tocino. ¡Casi nada, menudencias para hacer boca!

Estos hombres emigraron por necesidad. Pero, realmente, hablando con propiedad, ¿se alejaron de Murcia?

— ¡Madre, qué hijos me ha dao Dios, uno en Sabadell y otro en Tarrasa!

— Eso estará mu lejos, tía Josefa.

— Calcula; según, más allá de Barcelona, conque echa cuentas.

El que se queda lamenta, llora, la ausencia; pero el que se va, el que se va..., ese alimenta cada día la murria de lo que no tiene a mano, del aire que es distinto, de la luz que es muy otra, de la lengua que no entiende, de la falta de "arreglos pa la comía" ¡Ay, cuántos días del emigrante no se habrán melancólicamente acogido al verso de Medina, el gran emigrado!

Yo me pienso que el mal que acora,
más bien que en el pecho, lo llevo en el alma...
Por volver a mi tierra, tan sólo,
con toas mis ansias.
¡Y, de hallarme tan lejos, la murria
me acora y me mata!

Otros dejan la vida en el pupitre escribiendo en el recado, como Fulgencio Puche Picaza a Mariapapa, la Roja, desde la Habana:

¡Ay!, no sabes, Mariapapa,
como el pecho se me ensancha.

cuando m'acuerdo de ti,
lucero de la Zacaya.
Permita Dios que te vea
lo más tarde pa la Pascua
y que partiendo almendriquias
en la puerta de tu casa
te diga cosas de busto
que no puén ir en la carta.

Los hay, empero, menos nostálgicos, que la variedad abunda; los tales, cuando vuelven, gustan de impresionar a los antiguos vecinos, para lo cual se hacen llevar por taxistas de coche grande y gorra de plato a los que llaman "sófer" sobreacentuando la o, se gastan unos duros en convidar y nunca olvidan de traer un par de cajas de puros para obsequiar a los que quedaron anclados al bancal.

— ¡Echa un puro, leche, de toas maneras!

Los que no tuvieron el apremio de marchar, los que permanecieron apegados a la tierra, les miran con cierta admiración, se enorgullecen de su triunfo; mas para no dejar en feo a Castillo Puche, que ha escrito que "el murciano puede sentir orgullo de la ambición triunfante de otro murciano, pero su éxito lo tolera por poco tiempo", se hace de inmediato a la idea de no creer a pie juntillas cuanto le dicen aquéllos, que bien está que se hayan ido, pero que no vengan ahora a convencerle a uno de que deje la azada o la fábrica y les imite porque en su opinión la gran ciudad es un paraíso de oportunidades donde a nadie le falta la suya, especialmente con las mujeres. Sobran razones para que, socráticamente, ironicen por bajines los locales con respecto a los que presumen de ligues facilones:

— ¡Ya será menos!

A un emigrado fardón del Camino de Zarandona lo apodaron muy singularmente porque el hombre se pasaba las horas muertas contando los muchos planes que le salían a diario. Una tarde, después de explicar una de sus hazañas, preguntó un huertano a otro:

—¿Este, de quién es... De los Chicanos, de los que se fueron, de los de Cataluña...?

—No, —repuso el otro— de Catacoños.

Y ya no ha habido quien levante el apodo a la familia.

Los emigrados a países extranjeros pululan por las calles céntricas de Murcia cuando cogen los permisos y vuelven a la tierra a renovar el aire de los pulmones con los aromas vernáculos. Son los hombres del relevo, los que se aventuraron a ir más allá del territorio nacional a medida que fueron asimilando las dificultades de la emigración interior y advirtieron lo preferible que es pasar penalidades bien remuneradas como trampolín para un futuro mejor antes que morir de hambre esperando que la nube descargue o no sobre el sembrado. (En los años sesenta, las emigraciones al exterior alcanzaban salidas del orden de los ocho mil hombres año, pero es de ley manifestar que los países de destino eran fundamentalmente los europeos, siendo mínimos los destinos

para América, lo que prueba esa condición de emigrante menor, de emigrante de cercanías, característica del murciano. De ello quizá tenga mucha culpa la advertencia de Díaz Cassou:

A América van los hombres
pa traerse un capital,
y la América está en Murcia
pa el que quid trabajar.

cuyo mensaje el pueblo sigue fielmente aún sin conocerlo, porque retrata fielmente su idiosincracia.) A los emigrados al exterior, digo, se les ve en las proximidades de las entidad-des de ahorro, yendo de una a otra con sus extraños atuendos que contrastan con los normales de la ciudad: sus grandes casacas de cuadros multicolores, sus pellizas de lana y cuero, sus tapabocas, sus gorros rusos, sus botas altas y sus zapatos de tacón, las grandes y pesadas pulseras de oro alemán y los relojes automáticos, sus risas francas de europeizados campesinos analfabetos, actualizados, puestos al día para envidia y lección de vecinos inmovilistas, de vecinos no evolucionados.

La gente les reconoce enseguida y al punto comenta: "Mira, esos son los de Alemania." ¡Que cómo se sabe! Pues porque llevan atuendos que no casan bien con sus esqueletos torpes, porque exhiben, impenitentes, por la ciudad sus exagerados transistores, sus radio-magnetofones, puestos o no en marcha, para que se sepa y admire que la tecnocracia tiene en la exportación de brazos un importante puntal de desarrollo económico. Sí, son los de Alemania, los de Francia, los de Bélgica, los de Suiza, los que han ido a sufrir el clima adverso, la lengua extraña, las penurias del trabajo de sol a sol, el no comer, el beber poco, el retirarse pronto, el vivir en barracones, no disfrutar y ahorrar mucho... ¿Para qué? Para el futuro, claro, que les permitirá —inflación mediante— establecerse, comprar una casa, echar un piso a la cuadra, criar animales... ¡Quién sabe! ¡Tantas y tantas son las ilusiones en que tienen puestas sus miras los emigrantes!

Dicen los maliciosos:

- No merece la pena, allí se trabaja mucho, y para más inri tienen ellos mismos que lavarse la cama y hacerse la comida.
- Y además duermen todos revueltos, los hombres y las mujeres, como los gitanos.
- Textual, no merece la pena.

Ellos hacen caso omiso, y para demostrar que sí que merece la pena, invitan a toda la familia a comer, matan dos o tres conejos, compran pasteles de carne, asan un cordero, llevan un par de arrobas de Jumilla; para que se entere toda la vecindad de que han vuelto de Alemania con dinero y que ya no viven de la púa, ni tienen cuenta en la tienda, ni le deben al quincallero. Y para escarnio de vecinos mal pensados ahí está el visitador de banco haciendo guardia a la puerta, invitándoles a que abran cuenta en su entidad, a que remitanlos fondos a través de ellos que dan mejor servicio y pagan más caro el franco y el marco. ¡Quién lo habría de decir, los de los bancos a la puerta del Elías, el Moquita, huertano honrado pero pobre desde siempre!

- ¿Y cuánto me rentúa eso?
- El dos y medio.
- ¿Y si lo meto a seis meses?
- El cuatro.
- ¿Y si mañana quiero sacarlo?
- Pues lo saca usted cuando quiera, que para eso son suyas las perras...

Claro que lo son, ganadas con mil esfuerzos y penalidades, dejándose la vida sobre el torno, haciendo horas extraordinarias para ganar más, para ahorrar más, para tener más para la vejez.

- Y, además, si necesita un crédito para comprar un tractor, pues nos lo dice y lo estudiamos.
- Hombre, eso sí que estaría bien, que compraras un tractor y te quedaras ya para siempre.
- Este año aún no, que allí todavía se saca más, pero de éste en dos años sí que me quedo... Me gusta lo del tractor, igual me lo compro y me hago tractorista, ¿eh, viejo?
- Eso, y así no tienes que estar más por ahí, con tamaños fríos y esa gente que habla de raro como los moros.
- Gruñen como los cerdos, mejorando lo presente... Esprejensidoitchauffidensehenmnn.
- ¡Qué puñetero lenguaje!
- Es una lengua de mierda.
- ¿Hace entonces? Firme aquí y ya está abierta la cuenta, y nosotros nos ocupamos de cambiarle el dinero y de todo lo demás.
- Déjeme que lo piense. De cualquier modo mañana iré por el banco, déme su tarjeta.

Pero antes recorrerá otros bancos, seguro, se paseará con los francos, los marcos o las libras bien sujetos con gomas, metido el sobre en el bolsillo interior de la pelliza, muy junto al corazón, o cosido al forro del calzoncillo, intercambiará palabras con los compañeros para saber a cómo les pagaron a ellos, verá, en fm, el establecimiento que más le conviene.

- ¿A cómo me los pagan?
- A catorce quince menos el dos por mil de comisión. —En otro banco me los pagan a catorce dieciséis y no me cobran comisión.
- ¿Seguro?
- Hombre, como que hay luz.
- Está bien, voy a consultar a ver si podemos, pero le advierto que éste es el cambio oficial.

Cuando el empleado vuelve, a lo mejor le dice que lo ha consultado y que sí que pueden. Entonces el emigrante se va al banco de al lado y dice que tiene quien le compra la moneda a catorce diecisiete sin comisión.

- Se los pagamos a catorce diecinueve si los deja fijos, sin moverlos.
- ¡Cómo es eso! ¿En libreta...?
- No, en imposición a plazo.

— ¿En imposición a plazo?

— Sí, seis meses fijo, o un año o dos años, cuanto más tiempo lo deje quieto, más le pagamos.

—Bueno, lo estudio y ya vuelvo.

El hombre da sus buenas vueltas por la ciudad llevando orgullosamente al lado suyo a la mujer y a los hijos para que aprecien cómo ha adquirido mundología, cómo sabe extraer fruto de su dinero, cómo ha aprendido en el extranjero a defenderlo. Y luego de varios días de paciente ir y venir, de indagar y consultar, de apremiar y cercar; y tras dejarse aconsejar por unos y otros sin obedecer más razón que la del céntimo, lo tendrá ya decidido: dejará el dinero donde más convenga.

La decisión le habrá costado mucha gasolina, tres o trescientos viajes a la ciudad, patearla de punta a punta, tomarse unas cañas en el Drexco, en el Hispano o en Los Zagales... pero sus desvelos, su agudeza, su terquedad, le habrán reportado al final trescientas o cuatrocientas pesetas más que si hubiese torpemente entrado a ojos cerrados por la oferta que primeramente le hicieron.

Poco dinero, se dirá, quizá menos del que gastó en el trasiego. Bien. De acuerdo, pero... ¡Y lo que él y los suyos han gozado haciéndose ver en la ciudad! ¿Es que eso no vale duros?